

centro de la sala moviendo el pañuelo y la cavidad maternal. Cuatro horas después, al volver del teatro y pasar frente a las mismas rejas, vi á la mestiza en igual postura, como si no hubiese transcurrido el tiempo, bailando al son del arpa, que parecía más fatigada que ella, pues sus sonidos eran un tanto roncós. Y así debió seguir, lustrosa de sudor, ventruda, moviéndose durante toda la noche, con una gravedad sacerdotal.

Los acompañantes de los santos bailan también en la soledad mientras hay luz. Zumban los instrumentos; circulan los jarros llenos de bebida alcohólica; danzan las parejas en rueda interminable; la imagen se aburre ó se escandaliza, vuelta de espaldas en la sombra, y la muchedumbre devota pasa un día feliz, entregada á la comida, á la bebida y á lo otro, en honor de la festividad.

JUJUY

Es la provincia de Jujuy la más septentrional de todas las de la República, hasta el punto de que algunos geógrafos argentinos la consideran por sus caracteres generales como una prolongación boliviana. Por su extensión territorial resulta la provincia más pequeña, después de Tucumán, y la menos habitada de todas. Su población no va más allá de 56.000 habitantes, sobre 50.000 kilómetros cuadrados de superficie.

El suelo de Jujuy es muy variado, predominando las montañas, como en el Oeste de la provincia de Salta. Puede decirse que el suelo de Jujuy resulta una pro-

longación de la meseta boliviana, que alcanza dentro de la provincia argentina una altura de 4.000 metros. Esta meseta es conocida con el nombre de *Puna de Jujuy*. La palabra «puna», de origen quichúa, significa altiplanicie desierta ó tierra fría. Igualmente se designa con ella la angustia respiratoria que se sufre en las grandes alturas por la rarefacción del aire, angustia que se manifiesta, las más de las veces, con una fatiga extrema, fuertes dolores de cabeza y dificultad en la respiración. Las gentes de las provincias andinas llaman también *sorocho* al mal de la puna.

Se halla Jujuy bajo el trópico, y su vegetación es más ó menos lozana, según las altitudes. En la llanura presenta una frondosidad tropical; en los valles occidentales, cerca de las corrientes de agua que descienden de las sierras, es muy próspera. En gran parte de la meseta ó Puna de Jujuy la tierra es de extrema aridez, presen-

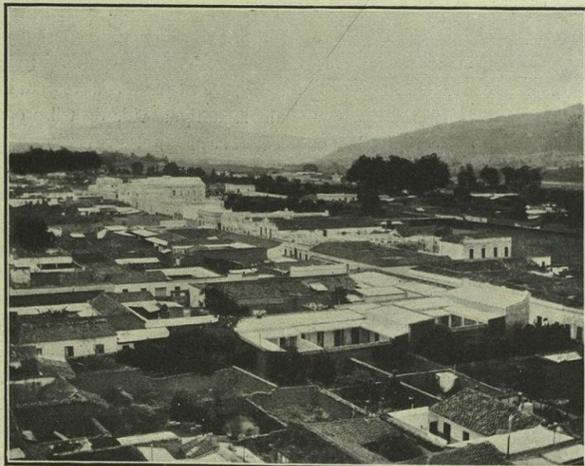
tando los paisajes un aspecto de desolación. Por sus violentos desniveles en altura y clima, es Jujuy la provincia que ofrece mayores variedades. Tiene llanuras dentro de la zona tropical que son paraísos y alturas en las que resulta imposible la vida.

Su parte oriental puede apreciarse como la más pintoresca de toda la República, y hasta supera en hermosura á Tucumán. Parece imposible que en la misma provincia que tales maravillas posee existan los desiertos de la Puna. En la zona del Jujuy tropical se hallan los grandes ingenios de azúcar de Ledesma, San Pedro y Santa Bárbara, donde se sufren

calores irresistibles. En el extremo opuesto de la provincia, Santa Catalina, La Rinconada, Cochino y otros pueblos de la sierra, viven bajo crudos inviernos. Los de la quebrada de Humahuaca soportan fríos iguales á los que se experimentan en la gobernación de los Andes.

En el corto espacio de treinta horas, sin salir de la provincia, he saltado yo de una temperatura casi glacial á otra ardorosa. En menos de dos días se pasa del grueso poncho, el vestido de lana y las ropas interiores de franela, al traje de hilo y el sombrero de paja.

Jujuy sólo tiene un río, el Grande ó San Francisco, pues sus afluentes son de escaso caudal y únicamente se aprovechan en la irrigación de algunos campos. Sus dos grandes lagunas, la de Casabindo, al Norte de la Puna de Jujuy, y la del Toro, al Sur, no son utilizables por la gran cantidad de cloruro de sodio que contienen sus aguas.



VISTA PARCIAL DE JUJUY

La verdadera riqueza de la provincia está en las regiones bajas de su parte oriental, donde reinan los calores del Trópico. Allí es donde se cultiva la caña de azúcar y existen los grandes bosques de lapachos y palmeras, con tupidas mareas de orquídeas y «flores del aire». Las lianas forman redes impenetrables, en las que únicamente el machete puede abrirse camino. Abundan en ellos los monos y los loros, saltando de rama en rama. En las espesuras vive el enorme tapir, y salta el puma, al que los primeros conquistadores bautizaron con el nombre de león. El condor de las cimas andinas llega en su vuelo á estas selvas tropicales, donde una fauna exuberante le ofrece presas en abundancia.

Casi toda la población rural de Jujuy procede de los indios quichúas, con muy poco de sangre española en su mestizamiento. El indio jujeño es fuerte y está templado por los grandes padecimientos que ha de sufrir desde su infancia en las mesetas desoladas de la Puna. Aguanta el frío y el hambre, los vendavales helados que barren la altiplanicie y la dolencia del *sorocho*, caminando infatigable días y días por el desierto. Los misioneros de la conquista evangelizaron á estos indígenas, sin que su mansedumbre intelectual opusiera obstáculos al nuevo dogma; pero todos ellos fusionan más ó menos con el cristianismo las antiguas divinidades del país. El indio jujeño, conocido en toda la República con el nombre de «coya», reza á los santos, á los que tienen gran veneración; asiste á las antiguas capillas que se conservan en ciertos valles de la Puna; toma parte en las procesiones de los pueblos, pero al mismo tiempo cree en la *Pacha-Mama* y otros dioses que representan las fuerzas de la naturaleza.

Ciertamente este hombre, condenado á existir en una tierra poco generosa y á soportar el rigor del clima de las grandes alturas, necesita tener mucha fe en los poderes sobrenaturales para mantenerse y reproducirse dentro de un medio tan adverso.

En los terrenos bajos, que ofrecen mejores condiciones, vive el campesino criollo, el gaucho jujeño, que

se conserva en toda su pureza, por no haber sufrido, como el del litoral, el contacto transformador de la inmigración. En su parte física, el gaucho jujeño se diferencia poco del indio de la Puna. Sus rasgos fisonómicos ofrecen la semejanza de un origen común. La única diferencia consiste en que el gaucho tiene en su mestizaje mayor cantidad de sangre española que el indio y es más inteligente para adaptarse á la civilización.

Este gaucho, que con el de la provincia de Salta peleó á las órdenes de Güemes, sirviendo de escudo defensivo al resto de la Argentina, y aguantando el choque de todas las invasiones realistas procedentes del alto Perú, es disciplinado y entusiasta en la guerra, y laborioso y modesto en épocas de paz. Nunca ha sido pendero, como el del litoral, ni ha pretendido vivir libre de trabajo. Lo accidentado de sus montañas y sus bosques hace de él un jinete insuperable, capaz de los actos más arriesgados, de galopar sin recibir un arañazo por tortuosidades selváticas, donde otros se estrellarían á los pocos segundos.

Jujuy no posee gran riqueza pecuaria en comparación con otras provincias. Su ganadería consiste en 130.000 cabezas vacunas y 80.000 mulares, y los dueños de ella encuentran su principal mercado en las poblaciones del Sur de Bolivia.

La agricultura es más importante. Los ingenios de Ledesma y San Pedro producen grandes cantidades de azúcar, y además de la caña empieza á cultivarse en sus campos el café, el tabaco y el algodón. La parte oriental de la provincia está llamada á un gran porvenir cuando nuevas vías férreas pon-

gan á Jujuy más cerca del litoral. La potencia productora de sus campos tropicales es indiscutible. Lo único que la hace falta para que su agricultura se desarrolle considerablemente es nuevas vías de comunicación que aseguren una pronta y económica salida á los productos. Hoy su comercio de exportación es reducido, pues Jujuy se halla á 1.556 kilómetros de ferrocarril del puerto de Buenos Aires.

Sus gobernantes, por falta de medios financieros,



VENUS TOBA DE UN INGENIO DE JUJUY



VISTA GENERAL DE JUJUY



PARTIDA DE INDIOS CON SUS LENGUARACES

no han podido fomentar la enseñanza pública como otras provincias argentinas. Jujuy es rico por sus condiciones naturales, y pobre por la escasez de sus medios de comunicación. El gobierno nacional ha tenido que ayudar varias veces á esta provincia para el sostenimiento de sus centros educativos. Jujuy sólo puede mantener unas 80 escuelas, con 6.000 alumnos, agregándose á esto el Colegio Nacional y la Escuela Normal, que funcionan en la ciudad.

* * *

Los bosques del Chaco se internan en la provincia de Jujuy por los departamentos de Ledesma, San Antonio y San Pedro, dilatándose hacia el Oeste, donde se detienen al llegar á una altura de 2.500 metros. Son árboles de llanura subtropical que no pueden resistir grandes elevaciones, y aun los que por su extraordinaria resistencia alcanzan á este límite se empequeñecen y rarifican.

Más allá de esta línea del bosque moribundo, las montañas apenas si ofrecen el marchito verdor de un pasto escaso y macilento, con arbustos raquíuticos. Avanzando más en la región montañosa, acaban por encontrarse las tierras áridas, sin más plantas que el cactus ó cardón, y sobre esta zona desolada las cumbres cubiertas de nieve. Pero en las tierras bajas, donde se expande en un ambiente propicio la vegetación tropical, el panorama es sorprendente. El árbol gigantesco, con sus cortinajes de lianas y orquídeas, mantiene el suelo en una penumbra verdosa y húmeda. En los claros de la selva libres de arbolado, el trabajo del hombre improvisa plantaciones de caña de azúcar, café, bananas y frondosos naranjales.

En estas selvas existen los mismos cuadrúpedos y aves que en el Chaco y en Salta. En la fría altiplanicie abundan el guanaco y la vicuña, y empieza á escasear la chinchilla á causa de la persecución de que es objeto su preciosa piel, encarecida por las modas femeniles.

Todos los extranjeros que se establecen como agricultores en la zona tropical de Jujuy hacen fortuna, pues esta tierra, pródiga en cosechas, sólo necesita brazos. El poco desarrollo que hasta el presente ha alcanzado la agricultura débese á la escasez de población.

Los hijos del país, por una tendencia tradicional, muéstranse más aficionados á la ganadería que al cultivo de la tierra. En la altiplanicie los coyas cultivan algunos bancales de alfalfa en las orillas del río Grande. También siembran trigo y cebada, pero estos cereales crecen con cierto raquitismo en unas tierras poco fecundas y batidas por el viento.

La mayoría de los jujeños prefiere dedicarse al tráfico de ganado para exportarlo á Bolivia. Los ingenios de San Pedro y de Ledesma necesitan contratar tribus casi salvajes, traídas del Chaco, de Formosa y hasta de los territorios menos civilizados de Bolivia, para que realicen la zafra y las principales operaciones de la fabricación del azúcar.

* * *

La presencia de los indios que bajan á trabajar en los ingenios de la provincia de Jujuy da un carácter muy pintoresco á dichos establecimientos industriales.

Tienen á su servicio los dueños de ingenio unos corredores ó agentes, que á la vez son intérpretes, llamados «lenguaraces», indios chaqueños habituados á la existencia civilizada y que hablan el idioma español, los más de ellos por haber servido como soldados en el ejército nacional. Estos individuos, á los que da gran importancia su condición de forzosos intermediarios entre las tribus y los blancos, parecen muy poseídos del poder de sus funciones: hablan lentamente, cerrando los ojos para dar mayor solemnidad á sus palabras, y son trapaceros, enredadores y pedigüeños, robando siempre que pueden á sus hermanos de raza y á los dueños de los establecimientos.

Al aproximarse la época de la zafra emprenden el viaje por las selvas del Chaco, llegando á las orillas del Pilcomayo. Si es necesario, pasan á la ribera opuesta, para contratar á las tribus, que plantan sus movibles tolderías en el dilatado territorio chaqueño, último refugio del salvajismo sudamericano, que pertenece políticamente á la Argentina, Paraguay y Bolivia.

Muchas tribus que poseen una civilización rudimentaria, hace años que bajan voluntariamente á trabajar en los ingenios y esperan la llegada del lenguaraz para seguirle inmediatamente. Otras tribus más ariscas se dejan convencer por el emisario luego de interminables «parlamentos», en los que el lenguaraz agota su facundia cantante y su tesoro de mentiras, emprendiendo al fin el camino con visible desconfianza, armadas de arcos, flechas y chuzas emplumadas, siempre en espera de una agresión. Algunas de ellas, después de realizar una zafra, ya no vuelven al trabajo en los años sucesivos, prefiriendo la vida errante del Chaco, sin otro re-

curso que la caza; pero las más se presentan regularmente cuando llega la época de la cosecha, encontrando gran placer en estos viajes, que las ponen en contacto con la moneda nacional, y cubren su desnudez con las más grotescas ropas de desecho.

Son indios tobas, chiriguano, chunapis, chorotes y maticos, por otro nombre «pelados». No se diferencian gran cosa en los rasgos fisonómicos. Las tribus se distinguen unas de otras por las tierras de color con que se embadurnan la cara, la forma de sus cabelleras ó los enormes pendientes, que dan á sus orejas una monstruosa prolongación. Saludan mansamente cuando viven en los cañaverales de los ingenios; pero sus dientes agudos y su sonrisa algo diabólica son inquietantes, y hacen pensar en un encuentro con ellos en las márgenes más remotas del Pilcomayo.

Los jefes y personajes importantes de cada tribu se cubren con sombreros viejos y levitas de desecho, ostentando majestuosamente tales andrajos. Los jóvenes aspiran á poseer, como supremo lujo, una chaquetilla militar, contemplando extasiados la brillantez de los botones de metal. Llevan el rostro embadurnado con rayas amarillas, rojas y verdes, que muchas veces se reblandecen y chorrean con el sudor. Los discos sólidos de plomo que les sirven de pendientes, prolongan el lóbulo de las orejas hasta los hombros y algunas veces hasta el pecho.

Cuando han de trabajar en los cañaverales se quitan los pendientes y se recogen los cartílagos de las orejas, envolviéndolos en dos nudos, formados con mechones de su lacia cabellera. Las mujeres se adornan con faldas de cretona pintarrajada y pañuelos de vivos colores, adquiridos en las tiendas de los ingenios. Las más pobres siguen envueltas en un *tipoy*, especie de sábana que cubre su desnudez.

Pero ricas ó humildes, todas ellas concentran su pudor únicamente en el ocultamiento del sexo, bastando una ligera gratificación para que se dejen ver y retratar con el pecho y las piernas al descubierto, lo mismo que andan por la selva chaqueña en los días cálidos.

Nótanse en las hembras mayores diferencias que entre los hombres. Las chiriguano son de relativa belleza y gran curiosidad, pues apenas ven un arroyo ó una laguna se meten inmediatamente en el agua hasta el cuello, y cuando no, dedicanse en sus campamentos, dos ó tres veces al día, á la limpieza del cuerpo. Las otras indias son de una fealdad dia-

bólica y una hediondez intolerable. El más antipático de los parásitos va con ellas á todos lados, y hasta parecen esparcirlo con el revoloteo de sus faldas.

Las tribus han tomado de la civilización algunos de sus gestos corteses, exagerándolos con una amplitud ridícula. Ser presentado á una tribu equivale á sufrir una hora larga de tormento. Recuerdo con cierta inquietud la serie de repulsivos contactos que representa esta ceremonia.

Avanza el lenguaraz ante la tribu, formada en compacto grupo. Figuran en él todos los hombres, desde los ancianos, que únicamente demuestran su senectud en las arrugas, pues conservan el pelo negro y fuertes los dientes, hasta los mozalbetes, que empiezan á disfrutar el honor de poseer un arco, lo que equivale á un testimonio de virilidad.

Las mujeres no cuentan para nada en esta ceremonia. Se mantienen aparte, sosteniendo sus niños en las caderas, sin que los hombres les presten más atención que á los perros flacos ó hirsutos que corretean entre las chozas de la toldería. Otras mujeres se asoman á los agujeros de las viviendas de cañas, arrastrándose como bizcachas ó liebres que saliesen del fondo de sus madrigueras.

El lenguaraz hace la presentación, murmurando palabras y palabras, en voz baja y monótona, y entornando los ojos cual si fuera á dormirse. Al terminar os dice en español, con sonrisa aduladora, que acaba de afirmar que en vuestra tierra sois un alto y poderoso jefe; pues para que los indios presten atención al blanco tiene que ser jefe de cualquiera cosa. Responde el cabeza de la tribu unas cuantas palabras semejantes á ladridos: es la salu-



INDIECITAS DE UN INGENIO DE JUJUY



INDIOS CORTANDO CAÑA DE AZÚCAR



JUJUY. UNA CALLE

tación de bienvenida. Luego avanza y os da la mano; una mano pintada con extraños tatuajes, sudorosa y de frío contacto. Los notables le siguen y os dan la mano igualmente. Desfilan luego los guerreros de la tribu, musculosos, cobrizos, semidesnudos y os estrechan la diestra con sus zarpas, que tienen el dorso pintado con arabescos negros y las uñas teñidas de azul ó de rojo. Tras ellos vienen los ancianos, los mozalbetes y hasta los niños, y todos pasan dando la mano, como en una despedida de entierro.

No prestarse á esta ceremonia es ofender gravemente á la tribu. El indio ha copiado del blanco el estrechar la diestra, y una negativa la interpreta como signo de desprecio y enemistad. El encuentro con una tribu representa ponerse en contacto, por medio de apretones amistosos, con doscientas manos que no son deformes, pues el indio tiene una gran finura de extremidades (especialmente en los pies, que son muy pequeños), pero que molestan por el contacto viscoso de la piel.

Cuando termina la ceremonia de la presentación viene la de las peticiones, imitada también de las costumbres de los blancos. El lenguaraz va repitiendo con lentitud no exenta de malicia todo lo que dicen los principales de la tribu.

— El jefe — canta lentamente como si hablase entre sueños — dice que le gusta mucho fumar.

Y tanto el jefe como su estado mayor se abalanzan sobre vuestros cigarrillos, dejándoos limpios de tabaco con pasmosa rapidez.

— El jefe dice que le gustaría tener unas botas altas como las que usted lleva — continúa el infatigable lenguaraz —. El jefe afirma que el pañuelo que tiene usted en el cuello es muy bonito. . . El jefe avisa que otros jefes blancos, amigos suyos, le regalaron cosas muy lindas, que guarda en su choza.

Y al fin, cansados de este rosario de peticiones, volvéis la espalda al intérprete, al jefe y á toda la tribu de mocetones cobrizos, así como al rebaño de hembras, que os mira con ojos diabólicos, enseñando la dentadu-

ra marfileña, fuerte como las fichas de un dominó.

Muchas de estas tribus que acampan en los ingenios son enemigas á muerte, y los capataces del establecimiento procuran instalar sus tolderías á gran distancia unas de otras, vigilándolas en ciertas noches con grupos de peones armados de carabinas. Han pasado siglos en el Chaco peleándose de padres á hijos, de abuelos á nietos, á impulsos de odios ancestrales, y al verse próximas, renace la antigua animadversión. Trabajan en campos separados; no se ven, pero se husmean, se adivinan, y esto hace que se despierte en ellos y permanezca latente el furor guerrero de la raza.

Si no pueden pelearse en los campos del ingenio, una tribu espera á otra, al terminar la zafra, apostada en las inme-

diasiones del camino que han de seguir los adversarios para volver á sus tierras del Chaco. Cuando logran sorprenderlos, roban y matan á cuantos individuos encuentran á su alcance.

Está prohibida severamente en los ingenios la venta de licores alcohólicos, pero siempre se instala fuera de los límites del establecimiento algún bolichero ambulante de amplia conciencia que sirve á los indios, con el nombre de aguardiente, alcohol puro del que se destina á usos industriales. Los indios, después de tragarse unos cuantos vasos de esta bebida, que encuentran suave, van como bestias de presa á rondar las inmediaciones de la toldería de sus enemigos, con la esperanza de matar á alguno que encuentren extraviado en las tierras cercanas. Estos crímenes dan motivo á la venganza de la tribu atacada, y los dueños del ingenio, auxiliados por los peones blancos, tienen que vigilar mucho para que la zafra no termine en una batalla general.

Recuerdo mi llegada, en las primeras horas de la tarde, al gran ingenio de San Pedro de Jujuy, propiedad de los hermanos Leach, unos ingleses que han hecho



UNA TERTULIA DE DAMAS MATAÇAS



DON GUALTERIO LEACH CON UN GRUPO DE SUS PROTEGIDOS

de este establecimiento un verdadero pueblo. Más de 4.000 indios estaban acampados en los cañaverales realizando la zafra.

Al echar pie á tierra frente al edificio en que se halla establecida la tienda del ingenio sonó un tiro y vi correr con la velocidad del pánico á mujeres y niños de raza blanca y mestiza, buscando refugio en las casitas donde viven las familias de los peones. Pasaban los pequeños gauchitos con sus amplios sombreros y sus ponchos rojos y negros gritando la alarma y corriendo hacia sus madres, que los llamaban asustadas.

— ¡Los indios, *mama!*... ¡Los indios, que arman bochinche! . . .

Avancé hasta el final de la avenida formada por las viviendas de los peones, y en un campo extenso de caña cortada vi á un centenar de hombres, en dos grupos, que se peleaban á pedradas y palos. ¡Una batalla de indios á los pocos minutos de llegar al ingenio! . . . Me imaginé que el espectáculo era organizado en mi honor, para que me enterase del modo de pelear de los indígenas; pero inmediatamente comprendí que la batalla no era cosa de fingimiento.

Comenzaban á caer indios con la cabeza ensangrentada. Piedras enormes, latas con asas, tanques y otros objetos volaban como proyectiles. La alarma difundíase por los campamentos indígenas, y de un lado y otro llegaban refuerzos á los combatientes.

Estos traían armas. Unos ajustaban las flechas en los arcos, otros blandían lanzas, y á cada salto se despojaban de una prenda de ropa para reñir en cueros, que es su verdadera facha de guerra. Acudían las hembras con animosa tranquilidad al campo del combate y ayudaban á sus hombres á ajustarse sobre el desnudo pecho una coraza de fibras de palma. La lucha iba á hacerse general entre las dos tribus enemigas. Los indios que no pertenecían á los bandos rivales, contemplaban impávidos el choque, al otro lado de las cercas de alambre, los brazos cruzados sobre el pecho, ó sentados en el suelo y con las mandíbulas entre las manos.

En el centro del campo de batalla surgió un me-

diador inesperado. Era un hombre en mangas de camisa, grueso, de escasa estatura, con las mejillas sonrosadas, pequeño bigote y el pelo echado atrás, duro y recortado como un cepillo. Las mangas de la camisa las llevaba recogidas con elásticos, y tras el pabellón de una de sus orejas guardaba un lápiz. Parecía un dependiente de ultramarinos de una tienda de Madrid.

— ¡No tiréis, carape! ¡Á ver si hay un poquito de formalidad! . . . ¡Paz, que todos sois hermanos!

Y las piedras caían en torno de él; comenzaban á silbar las flechas y un gran diablo indígena blandía al extremo de la diestra un revólver, del que sólo había hecho partir el primer tiro, no sabiendo disparar los cartuchos restantes.

El hombre del lápiz iba de un lado á otro predicando la tranquilidad. Con ágiles saltos se libraba de los pedruscos y los objetos volantes, que venían recotos hacia él. Las mangas de su camisa se agitaban como las alas de una mariposa grotesca en medio de la confusión del combate.

Al rozarle una piedra soltó un chorro de interjecciones, tan castizas como intranscribibles. Aun así continuó interponiéndose entre los combatientes, que desnudos se atacaban con sus lanzas.

— ¡Que haya orden y decencia, muchachos! . . . Esto no ha sido nada. . . ¡Todos quietos!

Pero las pedradas y lanzazos contestaban á sus prudentes excitaciones.

Llegó uno de los dueños del ingenio, el famoso Don Gualterio, venerado por los indígenas, y fueron acudiendo peones armados, lo que restableció instantáneamente el orden. Ahora los enemigos, formando dos grupos, gesticulaban y ladraban coléricos, explicando sus quejas á los lenguaraces para que éstos las repitiesen al dueño.

El héroe en mangas de camisa, que se había lanzado solo en plena batalla para restablecer la paz, se aproximó á mí limpiándose el rostro sudoroso, y sonriendo con aire triunfador.

— Bien venido, Don Vicente. . . ¿Qué le ha parecido esto? . . .

Era el encargado de la tienda del ingenio, y, según



JUJUY. LA IGLESIA MATRIZ



JUJUY. CASA DE GOBIERNO (En construcción).

dijo después, me había reconocido por los retratos en los periódicos.

— ¡Pero usted es español! — exclamé.

— Sí, señor; de la Rioja, para servirle; pero llevo cerca de diez años entre esta gente.

Me fijé, sonriendo, en el lápiz, que se mantenía inmovible detrás de la oreja.

— ¿Y no tiene usted otra arma?... ¿Así se mete entre los indios?

— ¡Bah! — exclamó con sencillez. — Son buenos chicos, y al final acaba uno por entenderse con ellos. ¡Si los conoceré!... Todos me deben dinero.

Y me condujo hacia su tienda, amplio almacén sostenido por los dueños del ingenio, en el que otros dependientes españoles le ayudaban á entenderse con los indios, sus habituales parroquianos. Había de todo en ella: conservas inglesas, comestibles franceses y españoles, telas, botas y muebles de importación; pero los géneros de mayor salida eran percales de colores chillones y manojos de pañuelos de tintas rabiosas, que hacían temblar de emoción á las beldades del Chaco.

Vi después en una plazoleta inmediata á las oficinas administrativas, cómo una diputación de los dos bandos exponía sus quejas á Don Gualterio Leach. El choque había sido entre tobas y chiriguano, que se odian á muerte. Las dos tribus vivían en apartados campos, aisladas una de otra; pero una tarde por semana reparten en el ingenio á los indígenas la llamada *cachaza*, residuo impuro de la fabricación del azúcar, y hombres y mujeres vienen de las tolderías con tanques y latas para recoger la negruzca melaza, que constituye para ellos una golosina sin par. Al encontrarse en el sitio de la distribución las gentes de las dos tribus, habían cruzado palabras de reto y tremendos insultos, sobreviniendo inmediatamente el combate.

Y Don Gualterio Leach, al que los indios llaman con cariñoso respeto «papá Gualterio», por la bondad paternal con que los trata, escuchaba á pie firme, sin perder su fiema de inglés, los interminables relatos de los lenguaraces, y contemplaba impasible la mímica exagerada de los jefes. Al final, cada grupo se retiró á su toldería, y un caballero criollo de distinguida familia,

llamado Araoz, que vive en el ingenio como representante de la autoridad, armó varias rondas de peones para la vigilancia de chiriguano y tobas, evitando que se buscasen de nuevo para reanudar la pelea.

Por la noche, en la espléndida casa de los Leach hubo velada coreográfica y musical. Encontré allí varios jóvenes ingleses empleados en el ingenio y algunos criollos y españoles venidos del inmediato pueblo de San Pedro.

Los muchachos ingleses hacían sonar en el piano los gimnásticos bailes de su país y danzaban la *jiga* con ruidoso taconeo. El buen Don Gualterio contemplaba la fiesta silencioso y sonriente. Araoz, con fácil palabra, pronunciaba discursos recordando las glorias históricas del país. Cuando callaba el piano, sonaba la guitarra criolla acompañando el canto de la *milonga*.

Circulaban bebidas inglesas; la habitación ofrecía el lujo confortable, higiénico y simple de la vivienda británica. Las potentes lámparas de luz eléctrica, alimentadas por las dinamos de la fábrica, quebraban sus rayos en la plata de los objetos de mesa y en los dorados marcos de las estampas, que representaban escenas de caza en los condados de Inglaterra. A no ser por la cálida brisa, cargada de la respiración de los naranjos, que se introducía por ventanas y puertas, hubiéramos podido creernos en una gran instalación industrial de Europa. La luz, por todas partes; la mesa, espléndida, con alimentos y vinos de Europa; los jóvenes ingleses, vestidos de *smoking*; después de un día de trabajo; los muebles, lujosos, de amplia comodidad... ¡Y hace treinta años que en estos campos saltaba el tigre y ondulaba la boa! ¡Y estábamos rodeados, un poco más allá del círculo de luz trazado por los potentes focos de la fábrica, de 4.000 indios sometidos momentáneamente á la disciplina del trabajo, pero de una falsa mansedumbre, pues basta el más leve roce para que reaparezca su primitivo salvajismo!

* * *

La ciudad de Jujuy, situada al extremo Sur de la quebrada de Humahuaca, se halla á más de 1.200 metros sobre el nivel del mar. Créese que antes de la conquista



JUJUY. PLAZA DEL GENERAL URQUIZA

existía en este lugar una población indígena, establecida al borde del camino que desde Tucumán llevaba al Cuzco.

En 1593, el capitán Francisco Argañaraz fundó á Jujuy, por orden de Juan Ramírez de Velasco, gobernador de Tucumán. La vida de la nueva ciudad fué azarosa, teniendo que luchar con las tribus indígenas, que habían huído á las montañas al aproximarse los conquistadores. Pero la población ocupa un excelente emplazamiento para la defensa, dentro de un triángulo, formado por las barrancas cortadas á pico sobre el río Grande.

Jujuy no es monumental, pero es antigua. Á excepción de los edificios públicos y las casas particulares de los vecinos ricos, las demás construcciones datan de la época española. La exuberancia de esta tierra, que se halla bajo el trópico, se encarga de adornar con perfumes y espléndidos follajes la monotonía y la antigüedad de sus edificios. Los patios tienen enormes rosales, madreelvas y jazmines. Los árboles ofrecen amplia sombra bajo sus copas tupidas. Fuera de la ciudad, en la margen opuesta del río Grande, el paisaje es verde, ameno y muy intrincado, pues las mesetas, cubiertas de bosquecillos, están cortadas por barrancos profundos y cuchillas abruptas.

La antigua ciudad de San Salvador de Jujuy, á pesar de que sólo tiene hoy unos 6.000 habitantes, cuenta con todos los establecimientos públicos y particulares de una población argentina: hoteles, Bancos, hospital, molinos, fábrica de luz, etc.

Esta provincia tuvo la fortuna de ser regida por la influencia de un ilustre político, el senador nacional Don Domingo T. Pérez, muerto hace pocos meses, cuando acababa de ser elegido en Buenos Aires presidente del Senado. Durante treinta años trabajó Pérez en la capital federal por el desarrollo y mejora de la pequeña y lejana provincia, en la que había nacido, y de la que apenas se acuerdan en el resto de la Argentina, considerándola como una prolongación de Bolivia. Obras suyas han sido el gran puente Pérez, que une la ciudad con la orilla izquierda del río Grande, y el ferrocarril de Salta á Jujuy y de Jujuy á la frontera de Bolivia, línea costosa y difícil, que escala mayores alturas que el ferrocarril trasandino. Obra suya también las escuelas, las oficinas públicas y todos los grandes edificios de la ciudad.

El gobernador de la provincia, Don Daniel Ovejero, ha secundado las po-

derosas iniciativas del senador Pérez, manteniendo á la pequeña capital en una situación de adelanto y cultura superior á sus recursos. Para honra de Jujuy baste decir que una de sus mejores construcciones es la Biblioteca; una biblioteca pública, que ocupa un edificio moderno con honores de palacio, y á la que acude por las noches gran parte del vecindario para entregarse á la lectura ó escuchar instructivas conferencias.

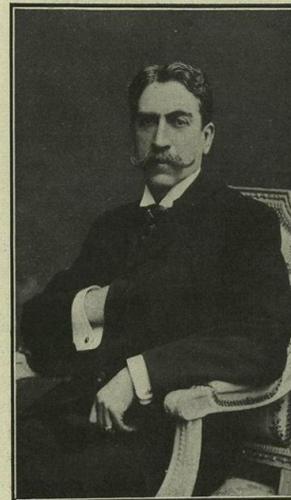
La Biblioteca es de un solo piso, pero con amplios y elevados salones, por cuyos ventanales entran los pájaros del trópico, á impulsos de la atracción que ejercen sobre ellos los focos eléctricos.

Junto á la ciudad, limitado por las barrancas que dan al río, hay un jardín y un extenso campo, que llaman La Tablada, donde se verifican en ciertas épocas las ferias de ganado. Un batallón de cazadores, que guárnece á Jujuy, como ciudad fronteriza, hace ejercicios de fuego en La Tablada y sus inmediaciones. Los coyas, venidos de Bolivia con sus rebaños de asnos y llamas, acampan en esta planicie.

Yo he visto una tarde cómo los soldados, tendidos en el suelo, disparaban contra los grupos de sus camaradas, que fingían ser el enemigo. Los coyas, vueltos de espaldas, sentados en los montones de arneses de sus bestias, hablaban entre ellos, sin que les inspirasen la menor curiosidad los tiros y las evoluciones de los soldados. De vez en cuando una detonación más inmediata espantaba y dispersaba á los animales de una recua. Entonces levantábase una mujer coya, de hueca faldamenta y sombrero hombruno adornado con flores, y en fuerza de golpes de vara volvía á agrupar á las bestias.

Los soldados, de tez cobriza y ojillos oblicuos, semejantes á japoneses, parecían enardecidos y cegados por el olor de la pólvora. En su afán de ocultarse del enemigo para hacer fuego, tendíanse detrás de los fardos de las arrias y de los cuerpos de los coyas, como si éstos fuesen rocas ó matorrales, y disparaban su fusil, no logrando que la detonación alterase las tranquilas pláticas de los indígenas.

Recuerdo el último atardecer contemplado en Jujuy desde lo alto de una colina inmediata á la ciudad. En esta colina, un amigo mío, joven doctor de notable cultura literaria, tiene una casa y un jardín, que parecen hechos para que los habite un poeta. Los rosales son grandes como árboles; las plan-



EL SENADOR PÉREZ



EL GOBERNADOR OVEJERO